
LA REBELION DE LOS JOVENES

JEAN DANIELOU

En los acontecimientos de mayo ha habido aspectos diversos. Se trataba de poner en tela de juicio a una Universidad cuyos planes no están ya adaptados al crecimiento demográfico y que no prepara a los estudiantes para las "salidas" que harían falta. Se trataba también de la acción de grupos políticos, para los que el sabotaje de la Universidad es el medio para una acción subversiva que tiende a hacer saltar toda la sociedad actual. Pero se trataba también de otra cosa. Estaba latente la insatisfacción de los jóvenes ante una sociedad tecnocrática que los utiliza para sus fines, pero que no responde a sus problemas fundamentales. En este punto los análisis de Marcuse son exactos. No se trata primordialmente de una crisis económica sino de una crisis psicológica. La civilización técnica constituye un cuerpo nuevo. Pero es un cuerpo que no ha encontrado todavía su alma. Un inmenso clamor surge pidiendo a la creación, a la

imaginación y a la invención los elementos que permitan describir los caminos del futuro.

Pues bien, nos encontramos aquí en presencia de un vacío que no es capaz de llenar ninguna reforma de estructuras. La crisis actual es una crisis de la cultura. Las últimas escuelas filosóficas, el estructuralismo de Foucault, el neomarxismo de Althusser, el psicoanálisis de Lacan o la novela de Robbe Grillet no han sido sino un esfuerzo desesperado para integrar al hombre dentro de estructuraciones técnicas, para hacer de él un objeto científico. Pues bien, contra eso es precisamente contra lo que se rebela la juventud, mediante una protesta que surge por una parte de los oscuros abismos del instinto pero también de las profundidades del hombre interior. Se ha rebelado contra la necedad y el hastío de un mundo al que la ciencia ha hecho aséptico. Pero su rebeldía ha sido una ale-

gre orgía sin porvenir alguno.

Porque es una aspiración que no encuentra nadie que le dé forma. Los únicos maestros que encuentra la juventud son unos maestros de revolución y de impugnación, unos profesores de nihilismo. El defecto fundamental del pensamiento contemporáneo, de Marx a Freud y de Sartre a Marcuse, consiste, ante todo, en ser la expresión de una negativa. Todo cuanto se presente como susceptible de dar un sentido, todo reconocimiento de una transcendencia, es presentado como alienación y represión. El equívoco fundamental consiste en confundir bajo el nombre de sociedad represiva la totalidad de los datos que integran el mundo actual. Partiendo de un análisis de tipo marxista, presentan las estructuras morales, religiosas y jurídicas como meras manifestaciones de la sociedad capitalista y burguesa. Toda actitud es interpretada exclusivamente desde el punto de vista de su significación política. Esto explica que la politización de la Universidad vaya mucho más allá de la utilización de los locales universitarios para reuniones políticas. Es una interpretación política de la totalidad del saber.

Es evidente que un enfrentamiento entre la mera revolución y la mera fuerza conduce a un callejón sin salida. En este terreno no hay diálogo posible. También está claro que, a la postre, la revolución cederá y la fuerza, bajo una u otra forma, acabará con ella. Entonces el mundo se convertirá en el campo de concentración que nos describe Sartre, en una inmensa jaula de li-

bertades cautivas dentro de las alambradas de la sociedad técnica. El diálogo no será posible sino en la medida en que la revolución sea la protesta del hombre en nombre de la realidad a la que deberán someterse las estructuras de la sociedad, en la medida en que la protesta vaya dirigida contra una sociedad inhumana, en nombre de la significación objetiva del destino humano. Pero, para hablar de sociedad inhumana, habría que empezar por saber qué es el hombre. Ahora bien, en este punto los maestros de la revolución nada tienen que decir. Se quedan en el plano de la impugnación, pero nada tienen que afirmar. No son profetas. Son simples enterradores.

Habría que decir que esta visión nueva del hombre surgirá de la crisis actual y que la juventud suscitará en su seno los maestros que la guíen? Indudablemente las soluciones de ayer no bastan, el hombre del mañana está por inventar. Pero también es cierto que eso no se logrará partiendo de una total discontinuidad con el pasado, como quiere hacernos creer cierto estructuralismo. Existe una realidad permanente del hombre que inventa constantemente sus diversas formas de expresión y critica las de ayer para inventar las de mañana, pero que implica adquisiciones irreversibles. El problema es, pues, el de la realidad del hombre. Dentro de un contexto análogo, hace ya treinta años, Emmanuel Mounier levantó su protesta contra un "orden establecido", contra el orden de una producción que no tenía otro fin que ella misma y aplastaba a las personas y sus exigencias. Pero Mounier hacía esta pro-

testa en nombre de la vocación de la persona humana concebida íntegramente, ordenada a la transcendencia dentro de su exigencia de comunión. Daba así comienzo una inmensa tarea que el mismo Mounier, ocupado en otras cosas y tal vez impresionado por las ideologías, no condujo a término y que habría emprender de nuevo.

Pero los cristianos no se han entregado a esa tarea. Ante el problema planteado por los estudiantes, el drama consiste en la ausencia del cristianismo en el mundo del pensamiento. No faltan, ciertamente los escritores, los filósofos y los periodistas cristianos. Sin embargo, estamos padeciendo un tráfico déficit en ese campo. Ello se debe a diversas razones. Ante todo, ha habido entre los cristianos un desconocimiento de la importancia del pensamiento como forma eminente del servicio. Han estado preocupados por la acción, social o pastoral. Pero han abandonado en manos del ateísmo los importantes campos de la literatura, de la filosofía, del cine. Ha habido falta de valentía ante los terrorismos intelectuales, impresionabilidad ante las corrientes del día; han doblado la rodilla ante el mundo y ello les ha impedido pensar por cuenta propia. Por último, tiene lugar la degradación del sentido de lo sagrado, que, por una absurda paradoja, hace que traten de vaciar al cristianismo de su transcendencia para adaptarlo a una sociedad que ellos creen secularizada, precisamente en el momento en que la civilización técnica vuelve a descubrir que tiene necesidad de lo sagrado.

Ha sonado la hora de la invención. En el hombre de hoy hay tanta genialidad latente, metafísica, teológica y poética, como en el de ayer. Esta búsqueda de una expresión total late en lo mejor del movimiento estudiantil, que está buscando hombres que la formulen. Mas, para ello, hace falta que los cristianos se sacudan los complejos de culpabilidad masoquista, los terrores ante los falsos prestigios de la inteligencia del día, el morboso placer de la autocrítica. Es necesario que se decidan a cantar gozosamente la alabanza de la Trinidad, la esperanza de la resurrección, la alegría de la Eucaristía. Cuando Pablo VI preserva a la sal de toda corrupción, es el hombre más moderno, mientras que Paupert es un viejo del año dos mil, cuando abre tantas puertas que se escapa el perfume del Evangelio. La civilización técnica exige sus templos y sus fiestas.

Tiene técnicos y pide sacerdotes. No deja de ser un espectáculo tan lamentable como ridículo el hecho de que precisamente en este momento haya sacerdotes que quieran convertirse en técnicos y transformar las iglesias en lugares de reunión política. La juventud tiene sed de absoluto. El drama de hoy consiste en la dimisión de los que tienen que responder a esa sed.

J. D.